



OCIO

Alvenc de Serrás: bajar a las profundidades de la tierra

ESPERANZA MOLINA

La grieta denominada Alvenc de Serrás, está situada en el término de Oropesa, cerca del Jovellus, en la partida de Sorrives en la denominada Sierra de Oropesa o "finestreta", por las características de sus cortados. Un grupo de aficionados se trasladó hasta ella para explorar sus profundidades. La experiencia fue intensa y, sobre todo, un ejercicio constante de solidaridad entre los componentes del grupo.

Se accede hasta allí por medio de un camino, que parte de Benicasim y que atraviesa la montaña hasta llegar a una cima desde la que se contempla tanto Benicasim, como Oropesa y que ofrece una belleza singular.

Se trata de una grieta escondida que no se divisa a simple vista y es necesario conocer de antemano.

Escalar es toda una aventura, un deporte en el que es preciso tener buenas condiciones físicas, imaginación, confianza, seguridad y conocimiento de la situación.

Escalar es sobre todo un ejercicio constante de compañerismo, de confianza en los demás, porque está en juego la vida, la seguridad personal de cada uno y por tanto, la interacción del grupo alcanza una intensidad poco frecuente en otro tipo de deportes que se pueden practicar en solitario y de forma mucho más individualizada.

El montañero, comenta José Cansino, el experto que guía la expedición es, sobre todo, un amante de la naturaleza que valora el espacio, las características del terreno, su belleza, su dificultad y sus posibilidades.

Depende de sí mismo, del grupo que le rodea y de la misma naturaleza que intenta conocer en todos sus aspectos.

Alvenc de Serrás es una cueva muy conocida por los grupos de espeleología que han realizado innumerables incursiones a su interior.

Tiene una dificultad que oscila sobre los cinco grados, manifiesta José Cansino, es decir, una dificultad considerable que requiere de un experto y de medidas de seguridad.

Esto es a la vez una ventaja y una desventaja porque impide la incursión en la cueva de cualquier persona con tendencia a expoliar sus profundidades, pero al mismo tiempo no permite que sea más conocida por los amantes de la naturaleza.

La comitiva estaba integrada por siete personas: José Cansino, el experto que guiaba la expedición; su hijo de 13 años Jaime, que escala con la habilidad de un montañero profesional; Juan, que ya tiene

cierta experiencia en este tipo de incursiones; y nosotros cuatro: Domingo, José, Pepe y yo, inexpertos y novatos que por primera vez nos vimos envueltos en una aventura de estas características.

"Vais a vivir una experiencia que recordareis durante mucho tiempo. Una experiencia fuerte, porque no os voy a ayudar, tendréis que trabajarlos vosotros solos si queréis conocer esta cueva". Nos dijo antes de empezar José Cansino.

No se equivocó: pasamos

miedo, desesperación, angustia, alegría, emoción. Sencillamente fue maravilloso.

La entrada está orientada hacia el sur, 370 metros sobre el nivel del mar. No se trata de una cueva convencional porque es una grieta que no llega a formar caverna en ninguno de sus puntos.

Los desprendimientos producidos a lo largo de los años han conformado varios pasillos o niveles que configuran pasos escalonados, con aberturas en forma de chimenea,

nombre con el que se reconocen los estrechamientos que deben recorrerse con la espalda en una pared y las manos y los pies presionando en la pared de enfrente.

Lo primero que hicimos fue asegurar la entrada.

José Cansino colocó las clavijas clavadas en la roca y situó sobre ellas un punto de amarre, donde se asegura la cuerda de bajada que nos sirvió para descolgarnos en un rapel por el pozo de entrada, con una profundidad de 16-18 metros,

hasta llegar a la base.

La pared está escarpada. Desde arriba es difícil divisar el interior y sólo queda constancia de un vértigo intenso en el que queda la duda de cómo vamos a bajar, pero sobre todo de cómo conseguiremos volver después a la superficie.

Hechos los preparativos comenzó el descenso.

Creo que nos hubiéramos vuelto atrás si no hubiera sido por el temor de quedar en ridículo. Ninguno de nosotros fue capaz de decir aquello de "no, tengo miedo". Y el miedo, que si existía y se metía hasta dentro, nos impulsó también para intentar quedar lo más dignamente, en una experiencia que nos pillaba por sorpresa a los novatos.

El rapel de bajada no ofrece excesivas dificultades, la cuerda está sujeta arriba y asegurada abajo.

SEGURIDAD

El montañero está sujeto a esa cuerda por medio de un "arnés", una especie de braquero con múltiples dispositivos para poder colgar de el todo tipo de material; y de un "ocho", o mecanismo con esta forma, de gran resistencia por el que pasa la cuerda.

La virtud del "ocho" es fundamental porque permite asegurar al montañero. Si duda, si resbala, si cae, la cuerda se tensa en el ocho y lo para en seco, impide su caída y el montañero sólo se lleva el susto y no pierde más que el orgullo.

Con movimientos ágiles los expertos; con apariencia de ranas los novatos, conseguimos atravesar la primera dificultad.

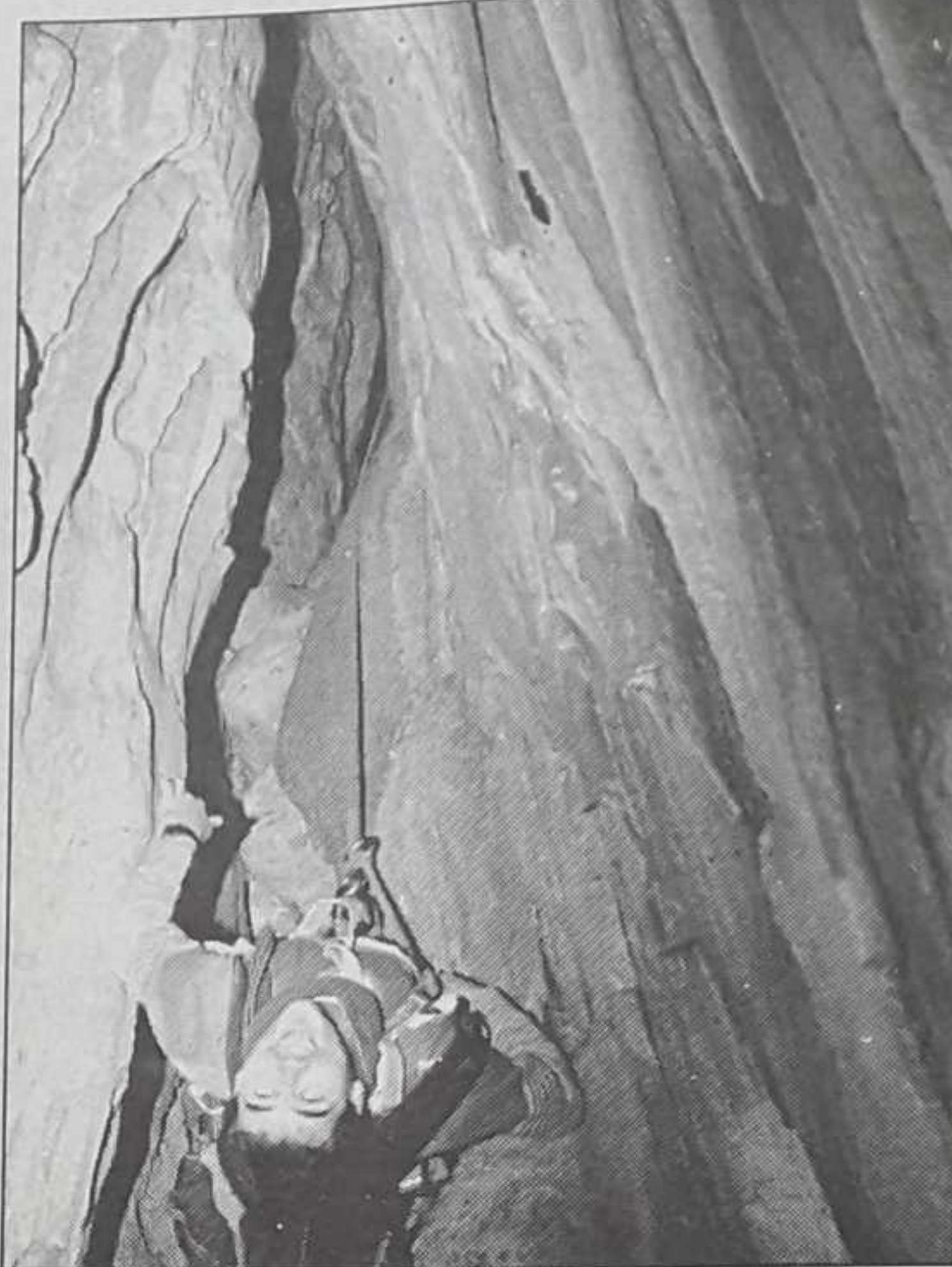
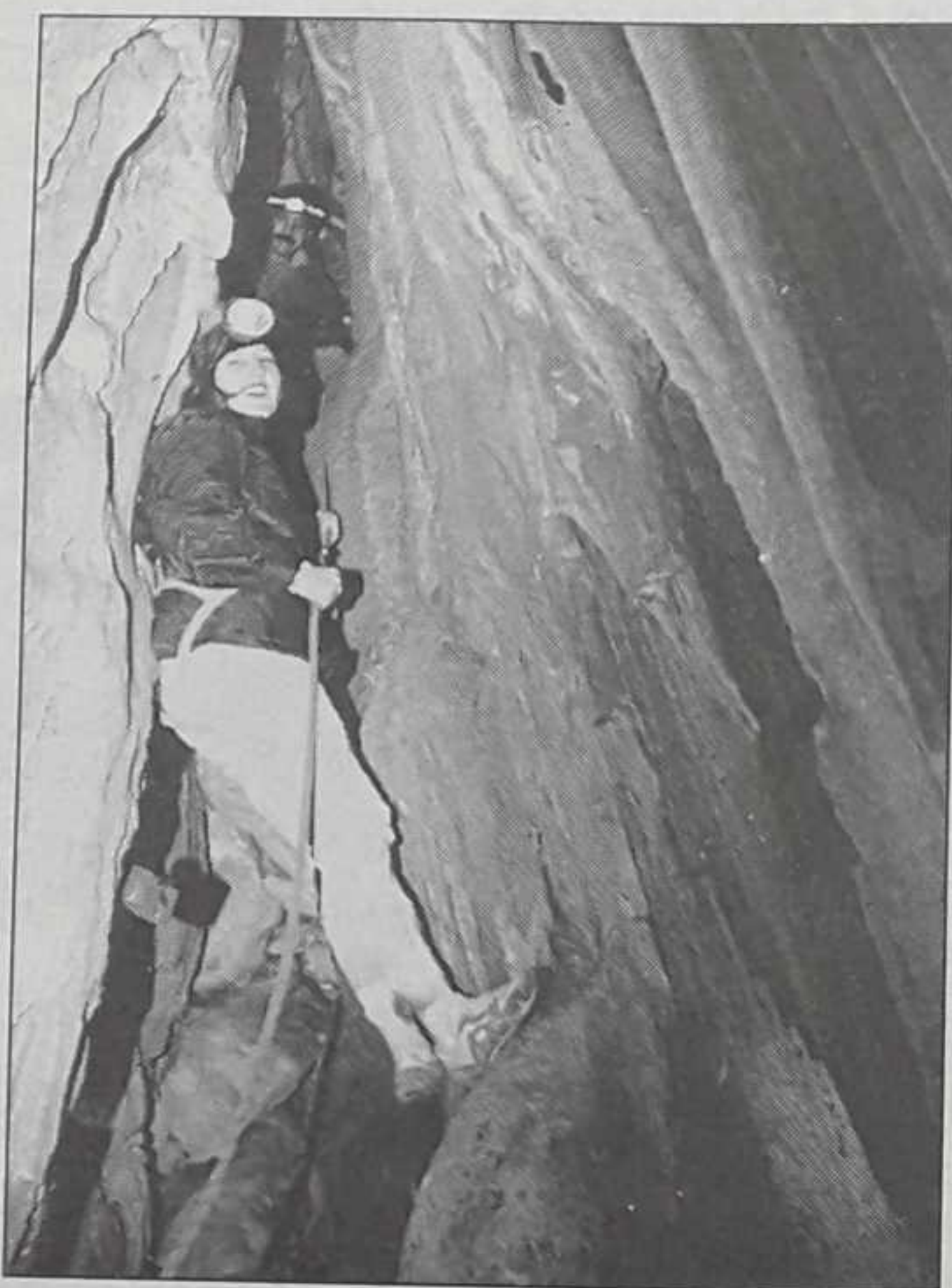
El segundo paso es preparar el descenso a las profundidades de la grieta, que tiene un desnivel de 80-100 metros y un recorrido de unos 450 metros, montaña adentro.

En este tipo de expediciones -comenta José Cansino- se emplean dos tipos de cuerda: una menos gruesa, elástica y dinámica, que se utiliza sobre todo para el rapel y grandes descensos.

Su propiedad es la de poder amortiguar el tirón que se produce si el montañero pierde el equilibrio, para que la clavija donde está sujeto no tenga un golpe fuerte y pueda desprenderse.

La otra, más gruesa, es estática. Se utiliza sobre todo en rescates urbanos. Debe aguantar el peso, no cede y se emplea en los recorridos donde las bajadas no son muy fuertes y no es necesario amortiguar, sino sólo asegurar al montañero.

Aseguramos otras clavijas, otras cuerdas. Jaime seguía atentamente las orientaciones de su padre y se movía aquí y allá por lugares donde parecía que era imposible agarrarse.



El primer reto es superar el miedo, luego la escalada se convierte en una magia, donde la solidaridad es lo más importante

Fotos: J. CANSINO / J. A. CASAN



O C I O

... para fijar los puntos de amarre. Con menos miedo, pero todavía con mucho respeto, iniciamos el recorrido dentro de la cueva.

Buenos dotados con linterna para alumbrarnos, las más prácticas, las que puedes poner en la frente con una cinta alrededor de la cabeza; y calzados con suela de goma, capaz de adherirse a la pared.

El primer escalón no fue difícil, un desnivel de aproximadamente tres metros realizado en uno en uno, con descolgamiento por la pared, que empujamos el gusto de saber que somos capaces de hacer "cosas imposibles".

El miedo comienza entonces a desaparecer y queda sólo la tensión, los chistes; las bromas, el interés constante por averiguar de cómo se mueve el cuerpo, la disposición permanente por ayudarnos entre nosotros, de estar disponibles para todo y el comentario de: "Cuando lo cuente, no se lo voy a creer".

Atravesamos otro escalón con descolgamiento, ya más seguros y llegamos hasta un pasadizo que no llega a convertirse en sala.

UN ESCENARIO SORPRENDENTE

La imagen fue maravillosa. A la luz de las lámparas, las paredes que forman estrias de constitución caliza alcanzan todo tipo de tonalidades, se vuelven transparentes en algunos momentos; conforman estalactitas y por ellas resbala la humedad desde una superficie que se alarga hasta donde alcanza la vista, en un techo que es imposible acaparar con la mirada.

El suelo, está lleno de "guano", nombre que recibe el estiércol de murciélago, acumulado durante siglos hasta formar una capa de casi un metro de espesor.

Abundan los mosquitos que se introducen en los ojos y en la boca... y los murciélagos pasan volando sobre nuestras cabezas.

Nos quedamos a oscuras pero, aún así parece traspasar un reflejo de la superficie, que se transmite a través de los pasadizos superiores.

Llegamos a la chimenea grande donde las paredes se estrechan y la profundidad alcanza los más de 20 metros inabismables de paredes verticales, lisas, cortadas en la roca.

La anchura de la chimenea oscila entre los 50 y los 20 centímetros.

No llegamos a descender por la chimenea, no había tiempo, pero sí llegamos a introducirnos un poco para tomar conciencia de la situación. José Cansino pasó de un sitio a otro y nos ayudó a situarnos en la grieta para contemplar la profundidad.

Apenas hay sitio para moverse, la respiración choca contra la pared, la linterna de

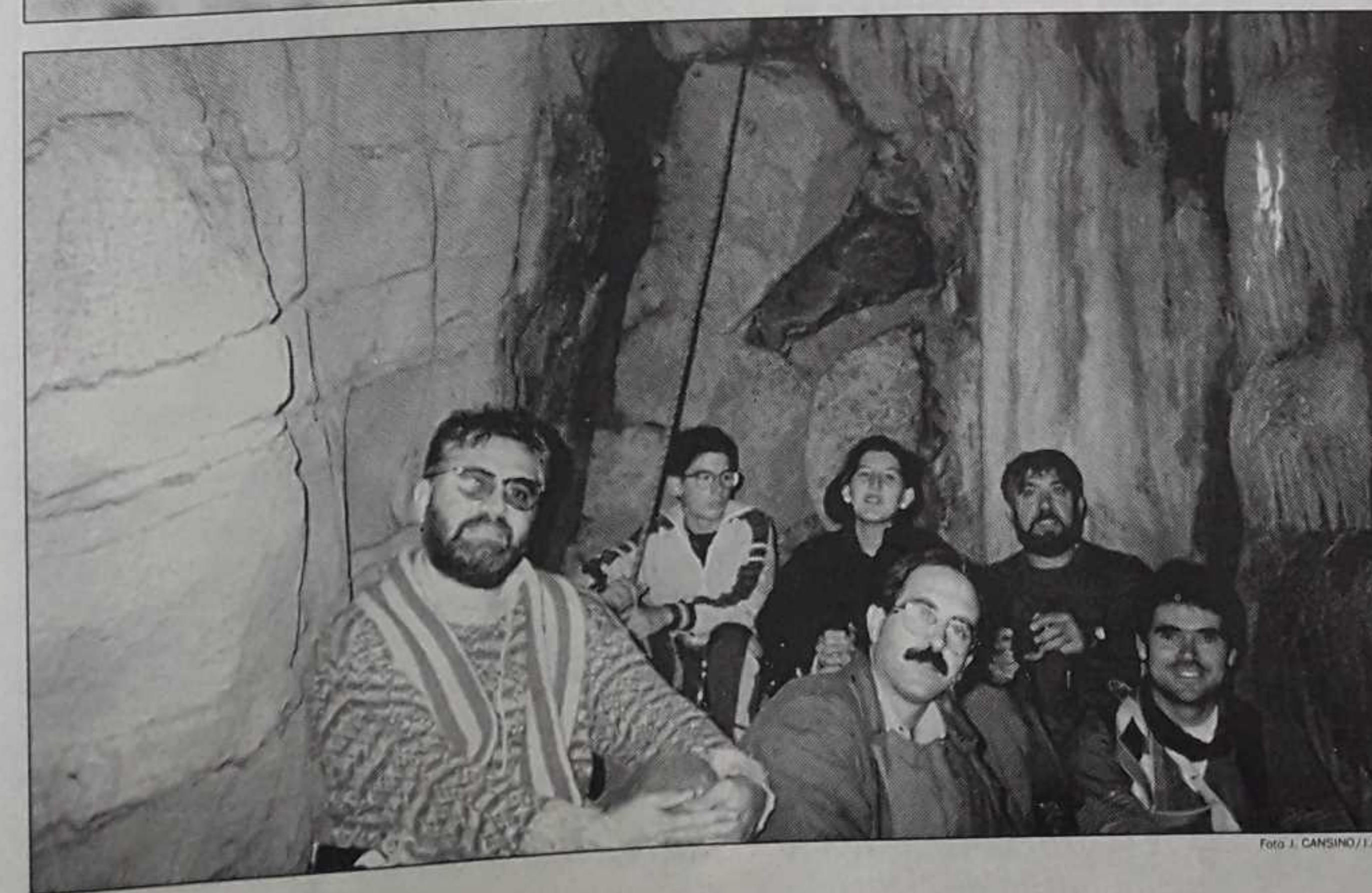
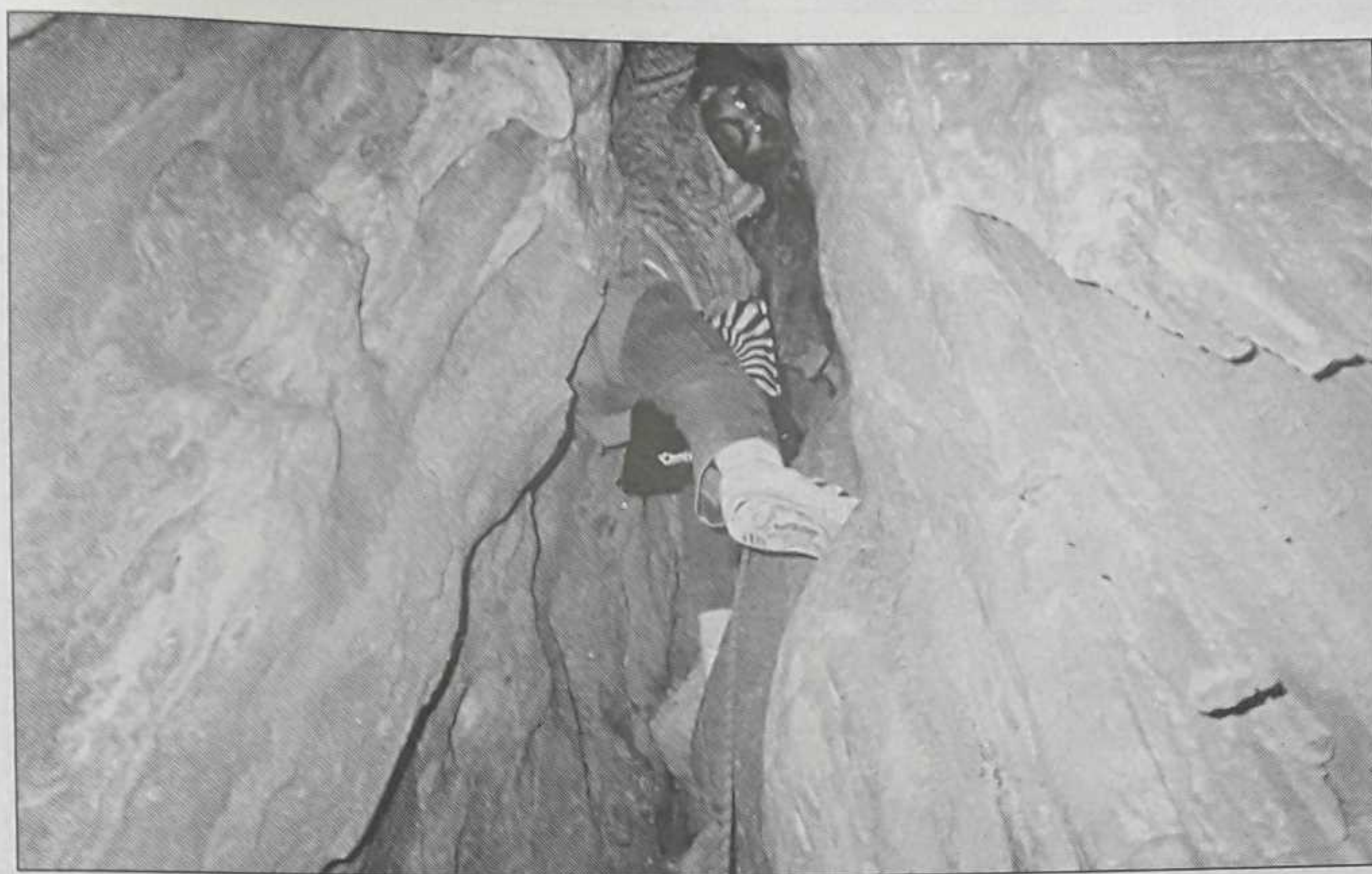


Foto: J. CANSINO / J. A. CASAN

la cabeza toca la piedra... Hay un momento en que me ataca la claustrofobia. Tienes la impresión de que no vas a poder respirar, las piernas se agarrotan y no te puedes mover, sientes que puedes caer, no hay sujeción...

Es en estos momentos es cuando el grupo tiene un sentido vital. Toda la comitiva toma conciencia, se destensa el ambiente con chistes, comentarios y llamadas para que reflexiones:

- "Tranquila, ya sabes lo que tienes que hacer... respira, regula la respiración. Puedes hacerlo..."

Pasa el sentimiento de pánico, el cuerpo recobra la normalidad, vuelves a sentirte poderosa en las profundidades de la tierra.

"Cuando bajas la chimenea es peor -señala el experto- hay momentos en que sólo quedan 20 centímetros de apertura y tienes que entrar casi recto, apoyándote con las manos y los pies abiertos".

Retornamos a la superficie, no sin antes permanecer unos momentos en silencio, a oscuras, para vivir una vez más toda la intensidad del momento.

Ascender fue más difícil pero nos resultó más fácil. Nos sentimos potentes, capaces. Intentamos dar mucho más de nosotros mismos. Se había producido una magia que nos llenaba el alma. A cada dificultad nos crecíamos, como no lo habíamos hecho antes, ya no importaba ni la dignidad ni el orgullo, sólo ser capaces.

Por fin llegamos a la base del pozo.

"Podría subiros a todos, pero vais a escalar, vais a salir por vosotros mismos. Fijaros como lo hace Juan, como escala Jaime, como lo intenta cada uno de vuestros compañeros. Y sobre todo, tener seguridad, no os vais a caer".

José Cansino alternaba los consejos, con una ligera chanza, que conseguía despertar el amor propio de todos nosotros.

"Yo diría que esa cuerda se está rompiendo". Manifestaba en algún momento, para desmentir, con la mirada brillante su comentario.

De uno en uno trepamos por la pared.

"No os mováis hasta no asegurar tres puntos de apoyo. La punta de los pies metida en la pared, las manos encontrarán salientes para impulsaros... y si os sentís cansados parad, respirad, se puede hacer. No os asustéis si la tensión hace que tiemblen las piernas. Estudiar la situación, hacer un planteamiento de por dónde es más fácil. Hay que reflexionar, saber bien lo que se va a hacer y luego, decidirse y hacerlo en un arranque".

Llegar a la superficie es recobrar el sentimiento de lo que es la vida, aspirar el aire fresco. Cuando se llega arriba, todo parece diferente.